

CUESTIÓN RACIAL Y SOCIOLOGÍA ARGENTINA: SARMIENTO, AYARRAGARAY, BUNGE E INGENIEROS FRENTE A GERMANI. APORTES EN CLAVE GENEALÓGICA DE CARA AL SUR¹

THE RACIAL QUESTION AND ARGENTINE SOCIOLOGY: SARMIENTO, AYARRAGARAY, BUNGE AND INGENIEROS VIS À VIS GERMANI. CONTRIBUTIONS TO A GENEALOGY FROM THE SOUTH

Ana Grondona²*La lucha parecía política y era social (Sarmiento, 1915: 444)*

RESUMEN El artículo describe los modos en que la sociología argentina de fines del siglo XIX y principios del XX problematizó el vínculo entre mentalidad nacional y cuestión racial. Para ello, analizamos textos de Alberdi, Sarmiento, Ayarragaray, Bunge e Ingenieros, entre otros. Asimismo, el artículo busca poner en relación aquellos debates con la perspectiva de Germani sobre la misma cuestión. Luego de una presentación del modo de abordaje propuesto y de las preguntas de investigación, se avanza en la indagación alrededor de dos interrogantes nodales en los que se articuló la cuestión racial en los albores de la sociología argentina: el problema del mestizaje y el horizonte de la democracia de masas.

Palabras clave: Mentalidades, psicología racial, anti/biologicismo, democracia de masas.
The racial question and Argentine sociology: Sarmiento, Ayarragaray, Bunge and Ingenieros vis à vis Germani. Contributions to a genealogy from the South

UNA APUESTA GENEALÓGICA DE CARA AL SUR

Investigar desde la periferia tiene inquietantes desafíos para quienes nos sentimos seducidos o seducidas por ciertas propuestas deconstructivas de corte francés. En nuestras latitudes, la discontinuidad opera como norma. No nos empuja el desafío de desestabilizar las evidencias de una voz que, solemne y autorizada, ha producido ciertos anudes indisputables entre historia y verdad. Aquí nos toca desempolvar fragmentos para enrostrarlos a un relato que denuncia siempre copias o ausencias³. Para esa posición, forma bizarra de un discurso oficial que opera silenciando, la sociología argentina es un desparramo heteróclito de iniciativas que imitaron siempre al centro. A contramano de los diálogos imaginarios que producimos en nuestros dispositivos pedagógicos entre personajes que jamás cruzaron palabra y que no pensaron ni en el mismo tiempo, ni sobre el mismo suelo (Marx y Parsons, Weber y Durkheim, Simmel y Schutz, etcétera), tendemos a poner a quienes podrían ocupar el panteón de la sociología argentina a hablar en soliloquios. O, a lo sumo, con sus pares generacionales, nacionales o no. Y entre un tiempo y otro, silencio. Encontramos excepciones, sin duda. Una que ha resultado particularmente inspiradora para este artículo, un texto a cargo de Bibiana del Brutto ("Raza y carácter: algunos apuntes sobre sociología") en el que se afirma, por ejemplo:

La existencia de sentimientos, la fe en la construcción del futuro del país, la formación de valores expuestos en los comportamientos de los habitantes del territorio, formaban el carácter nacional a principios del siglo XX [...] No de otra cosa trataban los escritos de los primeros sociólogos argentinos, aceptarían o no ese nombre.

A comienzos de la década del sesenta, unos años después de que se creara la carrera, los estudiantes de Sociología de la Universidad de Buenos Aires se sumergían sin mucho entusiasmo en la bibliografía característica del relativismo cultural, en los síntomas del "carácter" que era posible encontrar en las sociedades [...] Años más tarde, en el clima intelectual de los años setenta en la carrera de Sociología,

¹ Artículo recibido 1 de enero de 2019. Aceptado

² Doctora en Ciencias Sociales. Investigadora Adjunta del Conicet. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Correo electrónico: antrondona@hotmail.com.

³ Buena parte de los interrogantes de este artículo se inscriben en una densa y variada tradición de discusiones alrededor de la especificidad del pensamiento latinoamericano, del privilegio del punto de vista de las periferias, del imperativo a superar la lógica original/copia (vgr. Palti, 2002), etc. En particular, nos interesa el tipo de interrogación que propone Eduardo Grüner (2010) en su trabajo sobre la revolución de Haití, en cuyo centro encontramos una pregunta por la productividad teórica y política de las periferias.

ABSTRACT This paper describes the ways in which Argentine sociology of the late nineteenth and early twentieth century problematized the relationship between national mentality and race. For this, we examine texts by Alberdi, Sarmiento, Ayarragaray, Bunge and Ingenieros, among others. Likewise, the article seeks to relate those debates to the perspective of Germani on the same issues. After a presentation of the proposed approach and research questions, we advance in the investigation around four main questions in which the racial question was articulated at the dawn of Argentine sociology: the problem of miscegenation and the promise of mass democracy. **Key words:** Mentalities, racial psychology, anti/biologism, mass democracy.

se vuelve a retomar el tema con los autores del “pensamiento nacional”, especialmente Juan José Hernández Arregui y Arturo Jauretche. ¿Hay un vínculo entre estas versiones, aparentemente tan dispares, de las “mentalidades colectivas”? (Del Brutto, 2000: 217)

Una pregunta capaz de hilar los nombres de José María Ramos Mejía, Erich Fromm y Arturo Jauretche. Y, en rigor, donde hemos colocado a Fromm, haríamos bien en invitar a Gino Germani, pues fueron en buena medida sus afinidades con los denominados estudios de “cultura y personalidad” las que le dieron a la cuestión de “las mentalidades” un lugar preminente en la carrera de sociología a fines de la década de los 50 (Blanco, 2006). Según hemos consignado en otro trabajo (Grondona, 2017a), una de las marcas de la sociología de Germani fue su rechazo a lo que denominaba la “psicología racial”, aun circulante en aquellos años todavía muy marcados por la segunda posguerra en los que el antifascismo disputaba el decir científico legítimo (Grondona, 2016). El debate sobre el peso de las determinaciones hereditarias y de las ambientales constituyó una de las arenas de aquella disputa. En ella se jugaba la posibilidad de fundar una universalidad anclada en ciertas necesidades básicas (y no ya en “instintos”), una humanidad plástica, vulnerable y siempre-ya-social. Precisamente esta plasticidad daba lugar a explicar las diferencias entre pueblos y naciones a partir de las singularidades de cada cultura, antes que de invariantes biológicas heredadas u ocasionalmente modificadas por el medio. La interrogación por la personalidad social básica fue, además, un modo en el que, muy rápidamente, las preguntas racistas/racialistas por la naturaleza de tal o cual colectivo fueron sustituidas por otras que apuntaban a desentrañar las causas de los prejuicios, de las actitudes de discriminación hacia los grupos minoritarios. En esa deriva, el etnocentrismo iba a ser, precisamente, uno de los rasgos fatales de la personalidad autoritaria. En su discusión con la “psicología racial” y, más en términos generales, con el racismo, Germani se congratulaba de los efectos del melting pot o del crisol de razas como signo distintivo de la historia argentina e insistía en la relativa ausencia de racismo en ese contexto. Sin embargo, en sus textos también supo tomar nota del racismo/racismo de algunos de los “primeros sociólogos argentinos”:

La intención para muchos fue la de modificar el “carácter nacional” del pueblo argentino de manera que fuera adecuado para la realización del ideal político a que aspiraban esas elites de la “organización nacional”: un Estado nacio-

⁴ Algunos autores contemporáneos reproducen este tipo de argumentos. Tal es el caso de Zimmerman (1992), posición que discute Nari en un texto posterior (1999: 348).

nal moderno, según el modelo ofrecido por algunos países europeos y sobre todo por los Estados Unidos. Era necesario “europeizar” a la población argentina, producir una “re-generación de razas”, según la expresión de Sarmiento. La instrucción misma –el otro poderoso medio de transformación– tenía un límite infranqueable en las características psicosociales de la población existente: no menos necesario era traer físicamente Europa a América si se deseaba una transformación radical de la sociedad y de los hombres (Germani, 1971: 242).

Resulta difícil explicar la condescendencia de Germani con tales posiciones, siendo que se encuentran ineludiblemente próximas a la “psicología racial” contra la que había combatido. Aunque el sociólogo les recriminaba haber confundido la transición de una estructura a otra con un cambio racial, termina por quitarles importancia. Hay elementos que permiten suponer que para Germani esta “psicología racial” criolla era un mero eco circunstancial de “ideas muy difundidas” en la época (Germani, 1971: 242). Por otra parte, desestimaba la existencia de diferencias étnicas objetivas entre los habitantes de la Argentina, motivo por el que aquellas diatribas racialistas/racistas podían resultarle caprichosas⁴. En efecto, aunque tomó nota de la demarcación del “cabecita negra” como una diferencia social inteligible, le restó relevancia, pues la visibilización de dicha alteridad “parece haber sido de corta duración, y tan solo una respuesta al impacto de la inmigración masiva del interior” (Germani, 1971: 44). Esta desestimación resulta paradójica en tanto, como veremos, la cuestión racial constituyó un problema –y un problema relevante– para la sociología argentina que se desarrolló a caballo del fin de siglo y el primer centenario de la Revolución de Mayo. Si, como señala Zimmerman (1992), el racismo fue un lenguaje en el que se conjugaron posiciones muy diversas (desde liberales hasta socialistas), también es cierto que no era el único circulante: incluso, al interior de la denominada “sociología positivista”, había otros modos de producir textos “científicos” (como muestran muchos de los que llevan la firma de Agustín García).

Por cierto, el vínculo de Gino Germani con la (proto) sociología de entre siglos no estuvo desprovista de tensiones. En una caracterización que publicó en 1968, se ocupó de recuperar y poner en relación con su propio proyecto tanto los aportes de lo que denomina “realismo social” como los del “positivismo”.

⁵ Precisamente, y en virtud de ello, nos regala una afirmación más que sugerente: “el origen del positivismo en la Argentina es indígena” (Germani, 1968: 39, el énfasis es nuestro). Indígena como quien dice “originario del lugar” o “nacional”, justamente, una de las cuestiones recurrentes de los debates que analizaremos. En cualquier caso, la polivalencia que alude a la “cuestión india” no deja de ser pertinente, pues como veremos se trató de una problemática que interesó muy particularmente al positivismo vernáculo.

Rescataba a los primeros como padres fundadores de la nación, al tiempo que destacaba sus rasgos de “élite modernizadora”. Sin embargo, también se lamentaba de que su estilo más bien reacio a las comprobaciones empíricas había terminado por convertirse en un obstáculo para el avance del proyecto intelectual modernizador que el propio Germani buscaba encarnar. En el caso de los positivistas, enfatizaba su eclecticismo y su gran incidencia en el debate público⁵.

El ejercicio de recuperación de Germani también reconoce la validez de alguna de las críticas que había producido la reacción antipositivista desde 1930. Esta toma de distancia no es circunstancial. En general, resulta más frecuente que retome aspectos de otros ejercicios de formalización, por ejemplo, estadística (tal es caso el de los trabajos de Alejandro Bunge). La sociología científica de principios de siglo XX no fue un ámbito que haya jugado un rol importante para la construcción de la legitimidad del programa germaniano.

Volviendo a la inquietud de Del Brutto por las continuidades en las reflexiones alrededor de la mentalidad argentina a lo largo de la pedregosa historia de la sociología nacional, nos interesa cifrar ese interrogante en el vocabulario de una genealogía de las problematizaciones (Foucault 1995, 2001; Castel, 2001; Haidar, 2013). Para ello, este artículo se inspira en lo que Foucault denomina “ontología del presente” y otros han llamado “historia del presente” (vgr. Dean, 1994). Tomando la sociología germaniana como un cierto momento de ensamblaje de piezas-elementos (preguntas, conceptos, tonos, dispositivos, modos de observación, etcétera), nos detenemos a analizar algunas de las múltiples trayectorias de una de ellas: la cuestión racial. Este ejercicio no se propone ser exhaustivo, sino mostrar algunas de las muy heterogéneas y contradictorias resonancias. En este caso, ecos que suelen estar acallados por perspectivas que privilegian las preguntas por la “recepción” de las teorías (originales) del centro en los textos producidos en el Sur (copia). Estas perspectivas no son caprichosas, sino que suelen seguir la trama de citas y referencias bibliográficas de los textos en cuestión. Sin embargo, aquí apostamos por otros modos de lectura y de rastreo de huellas y trazos que permiten poner en relación cuerpos bibliográficos que, precisamente como uno de los efectos de la dependencia cultural y de nuestro rol subordinado en la producción de teoría, suelen pensarse “por separado”. De aquí el subtítulo que hemos elegido para este artículo.

⁶ Desde nuestra perspectiva metodológica, hablamos de diversos dominios interdiscursivos que según la perspectiva del investigador/a funcionan en la producción de sentido de ciertos textos o problematizaciones que interesa analizar. Entre los dominios interdiscursivos que componen la interrogación por los modos en que la "cuestión racial" se anudó en los textos de Germani, hemos incluido: las discusiones del anti/fascismo italiano y del argentino sobre la cuestión racial (1935-1945), los debates de Unesco alrededor de las declaraciones sobre las razas en la segunda posguerra (1949-1955), y las conceptualizaciones de los denominados estudios de cultura y personalidad (1917-1969) (Grondona, 2017a). En textos previos (Aguilar et al., 2014; Grondona, 2017b), nos hemos extendido en cuestiones epistemológicas y metodológicas sobre modos de composición de corpus (incluido un debate con líneas como las de la "historia conceptual" y la "historia intelectual").

⁷ Tal como ha indicado Zimmerman (1992), en los textos analizados la cuestión racial conjuga toda una serie de problemas sociales que se asocia con la salud pública, la criminalidad, el control migratorio, las consecuencias de la urbanización, etc. En este sentido, se trata de un problema que ha abordado una multiplicidad de "reformadores sociales", desde Joaquín V. González hasta Alfredo Palacios. Ahora bien, para el presente artículo nos centraremos en la tematización de las "mentalidades" desde una perspectiva que se reclamaba sociológica. Para un abordaje que incluye otras perspectivas del saber experto, sugerimos Zimmerman (1992), Nari (1999), Murillo (2001), Miranda y Vallejos (2006).

⁸ En Sociología argentina, Ingenieros presenta un conjunto de reseñas de libros que desde su perspectiva compondría el canon de la disciplina en cuestión y en el que la cuestión racial ocupa un lugar destacado. El catálogo incluye Nuestra América, de Bunge, y La anarquía argentina y el caudillismo, de Ayarragaray. También hay un capítulo que repone los debates alrededor del fallido proyecto de ley de trabajo de Joaquín V. González y otro sobre el trabajo de Agustín Álvarez, sobre todo en el libro South América. Luego, en otra sección, Ingenieros retoma aspectos de lo que Germani llamaría los "realistas sociales": Domingo F. Sarmiento, Esteban Echeverría, Juan B. Alberdi. En el caso de Sarmiento, Ingenieros se detenía en Conflicto y armonía de clases. Finalmente, el tomo cerraba con un texto del propio Ingenieros sobre la raza argentina.

Así, animado por algunos ecos que convocamos muy apresuradamente en esta introducción, este texto que es parte de un esfuerzo más vasto compuesto de múltiples fragmentos⁶, busca identificar el entramado de interrogantes en el que se tejió la cuestión racial y la pregunta por las mentalidades en los albores de la sociología argentina. En ese recorrido intentaremos mostrar que entre los interrogantes se destaca una inquietud por la democracia, el autoritarismo y por los modos en que se conjuga la desigualdad en distintos grupos raciales o poblaciones. La discusión sobre este último punto incorpora un asunto fundamental: la posibilidad de presentar esas desigualdades en un discurso que se reclame científico. Estas páginas funcionan, además, como un "diálogo silencioso" entre Gino Germani y otra figura italo-argentina clave de la sociología nacional: José Ingenieros, "el más influyente de los positivistas" (Germani, 1968: 392) y con quien, para algunos, comenzaba la historia de la sociología argentina (Marsal, 1959). Dos discursos fundacionales de la sociología científica en la Argentina que, curiosamente, no suelen ponerse en relación.

Antes de terminar esta primera sección, seguido, presentaremos los materiales con los que hemos trabajado para este artículo y una breve reposición de como caracterizan las distintas mentalidades raciales. Luego, en los apartados más analíticos, indagaremos sobre dos interrogantes nodales articulados alrededor de la cuestión racial: el problema del mestizaje y el de la democracia "mestiza".

LOS MATERIALES

Los textos que hemos seleccionado⁷, y que presentamos en los párrafos que siguen, salvo los del propio Ingenieros, están referidos o minuciosamente abordados en su Sociología Argentina de 1915. Aunque en el comienzo de nuestra indagación Ingenieros era uno más de los autores de interés, en su decurso fue adquiriendo mayor centralidad. En efecto, a partir de la huella de investigaciones previas –en particular el texto referido de Bibiana del Brutto, la introducción de Oscar Terán a Positivismo y nación y Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo– caímos en la cuenta de que en los textos del siciliano operaba ya la delimitación de una serie documental⁸ compuesta a partir de una pregunta que combinaba la inquietud por la conformación racial de la Argentina con las condiciones de sus "mentalidades".

⁹ Esto no supone un obstáculo para la conformación de la serie de documentos con la que aquí trabajamos. Para un análisis sobre la porosidad de la noción de "contexto" y sus consecuencias metodológicas, ver Didi-Huberman (2011) y Grondona (2017b).

¹⁰ Ingenieros dirigió esta colección –de la Cooperativa Editorial Buenos Aires, a cargo de Manuel Gálvez– entre 1915 y 1925. Allí se publicaron textos de Echeverría, Moreno, Agustín Álvarez, Florentino Ameghino. Asimismo, en esta colección se incluye Nuestra América, de Carlos Octavio Bunge, y Conflicto y armonía de razas. En su momento, la colección contó con 69 autores y más de 130 libros, con una tirada como mínimo de 5000 ejemplares. Algunos de los títulos fueron reeditados luego en "La cultura popular" (Muñoz, 1998: 206). Para un análisis más específico, ver Hermina (2012), Muñoz (1998) e Ingenieros (1998).

Resulta fundamental indicar, antes de avanzar en el análisis, que se trata de textos heterogéneos que abordan de muy distintos modos la cuestión que aquí nos interesa. Se inscriben, además, en diferentes contextos⁹, pues mientras algunos son previos a la denominada "campana del desierto", otros fueron publicados en la segunda década del siglo XX, cuando el problema del inmigrante ya resultaba acuciante. Por otra parte, en todos los casos, según especificó Zimmerman (1992: 24), el concepto de raza estaba lejos de estar nítidamente definido. Para algunos, implicaba una distinción entre diferentes categorías étnicas y el establecimiento de una jerarquía de grupos "superiores" e "inferiores". En ciertos casos, esta jerarquización se sostenía en factores biológicos y, otras, en dimensiones históricas, geográficas o culturales. No era inusual superponer raza y nacionalidad o asociar características biológicas y culturales de diferentes grupos raciales como inseparables. A lo largo del análisis intentaremos dejar asentados algunos de estos matices.

El primer texto analizado para el presente artículo fue Conflicto y armonías de las razas en América (1884), en el que Domingo F. Sarmiento desplegó la tensión civilización-barbarie en clave racial, orientado por una pregunta sobre la formación de la nacionalidad argentina. Se trata de un libro que José Ingenieros saludó con entusiasmo, resultado de un ejercicio de síntesis general (Ingenieros, 1946) y precursor de la sociología argentina (Ingenieros, 1915). Principalmente, el libro confronta la composición y disputa racial en la historia de la conquista de Sud-América y en Norte América. También intenta una suerte de "etnografía a la distancia" en la que pretende diferenciar araucanos, guaraníes y quechuas, pero que termina por construir una forma estereotipada del "indio ficcional" (Solodkow, 2005: 101). En la misma clave dedica un tramo al análisis de los distintos procesos de independencia.

Asimismo, revisamos algunos trabajos de Juan B. Alberdi, pues, aunque la cuestión racial sea un elemento menos relevante en ellos (en particular si se lo compara con Sarmiento), resulta notable el ejercicio de Ingenieros de subrayar los tramos en los que sí se refieren a tal cuestión. El siciliano prologó en 1915 un compendio de textos alberdianos (Estudios económicos) en la colección "La cultura argentina". En la introducción retoma pasajes de Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina¹⁰. Estos fragmentos, más bien alejados de la pregunta por las mentalidades, se vinculan, sin embargo, a

¹¹ Esta labor fue destacada años después por Germani (1968: 393) al afirmar que “su prolijo análisis de la estructura social y de las características psicosociales de Buenos Aires como ciudad preindustrial es uno de los pocos trabajos que todavía conserva su valor como análisis sociológico ‘de la sociedad criolla tradicional’ (García, 1900)”.

¹² Terán (2000), sin embargo, nos advierte sobre las heterogeneidades presentes en Bunge, en particular respecto de cierta deriva decadentista propia del ethos de fin de siècle.

¹³ García Fanlo (2010: 105ss) retoma esta discusión. Al hacerlo, afirma que, a diferencia de Ingenieros, para Bunge, los españoles tenían sangre pura. Puede que esta caracterización se adecúe al caso de los castellanos, pero Bunge caracteriza a los aragoneses, gallegos y demás poblaciones regionales como híbridas. Hay numerosos pasajes en los que refiere a la mestización con africanos, árabes y judíos.

¹⁴ Marsal (1959: 234-235) describe a Bunge como “epígonos universitario del positivismo” y “hombre de gran brillantez y fama”. Sin embargo, retoma la evaluación de Ingenieros e incluye a Nuestra América en la categoría de “parasociología” (en este caso, agrega, “psicologista”). Por su parte, Germani (1968: 393) lo caracterizó como “una contribución, de menor valor, pero que gozó de considerable popularidad en su pasado”.

la sentencia “gobernar es poblar”, aclarando (Alberdi, primero, e Ingenieros, después) la dimensión cualitativa del imperativo: “poblar es civilizar cuando se puebla con gente civilizada, es decir, con pobladores de la Europa civilizada [...]. Pero poblar no es civilizar, sino embrutecer, cuando se puebla con chinos y con indios de Asia y negros de África” (1948: 238).

En tercer lugar, trabajamos con *La ciudad indiana* (1900), un libro del profesor Juan Agustín García a cargo de la cátedra de Sociología de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Este libro retoma la interrogación por las características de la mentalidad argentina (signada por el “culto nacional del coraje”), para lo cual define una suerte de genealogía que indaga en las condiciones de la colonia en una clave que –como la de Alberdi– se muestra casi despojada del fraseo biologicista. Los interrogantes giran alrededor de las formas de sociabilidad y, sobre todo, por la estructural economía del coloniaje¹¹, aunque se deslizan consideraciones acerca de, por ejemplo, ciertas “razas predestinadas a la esclavitud” (García, 1986: 13).

También hemos analizado *Nuestra América. Ensayo de psicología social* (1903), de Carlos Octavio Bunge, médico e hijo de una familia acomodada que compartía con figuras destacadas como Augusto (diputado socialista), Alejandro (precursor de la economía política argentina) o Delfina (escritora destacada y esposa de Manuel Gálvez). Se trata, probablemente, del exponente más claro, al menos en esta serie, de biologicismo racialista/racista en el modo de preguntarse por la “psicología nacional”. Incluso, Ingenieros critica el escaso peso que le había otorgado, sobre todo en las primeras ediciones de su libro, a las determinaciones del medio¹² (Ingenieros, 1918). La principal hipótesis de la versión revisada de *Nuestra América* afirma que la organización política de un pueblo depende de su “carácter nacional” y esta, a su vez, de factores étnicos, modificados por el medio, en términos de una cierta “fatalidad geográfica” (como en el caso de los españoles, tierra de pasaje y mestizaje de muy diversos pueblos¹³). Al respecto, Ingenieros (1946: 159ss; 1915: 9) prefería caracterizarla más bien como “psicología social” antes que como una obra propiamente sociológica capaz de construir una mirada sintética¹⁴.

En cuarto lugar, hemos incluido *La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes argentinos*, de Lucas Ayarragaray, médico e historiador rosarino, que fue secretario del Departamento Nacional de Higiene e iba a ser diputado nacional

¹⁵ La Ley 7029 prohibía la entrada al país de quienes portaran una condena por delitos comunes. Asimismo, inhibía toda asociación o reunión con fines de "propagación de las doctrinas anarquistas".

entre 1908-1912, uno de los coautores de la Ley de Defensa Social¹⁵. Según describe Patricia Funes, Ayarragaray funcionó como bisagra entre dos épocas, la de comienzos del siglo XX, en la que resonaban aún los ecos sobre el problema del mestizaje, y la nueva decepción frente a la inmigración "maximalista" que volvía a poner en peligro, aunque de nuevos modos, el orden y la nación (Funes, 2006: 194). El texto analizado fue publicado originalmente en 1904 y encontraba en las determinantes raciales, aunque modificadas por el medio, las causales tanto de la anarquía como de la tendencia a la "gauchocracia". Este ensayo de "psicología política" enfatizaba los peligros de la mentalidad mestiza que había resultado de la hibridación de razas, mediante un estudio histórico que se detenía a analizar las determinaciones raciales de las mentalidades de españoles, indios, negros y mestizos, y los modos en que ellas se reflejaron en distintas instituciones y formas de liderazgo y organización política. Ingenieros, en su estudio, subrayó las resonancias con el trabajo de Octavio Bunge y recrimina al autor desconocerlo, al tiempo que acusa a este último del mismo descuido en relación con Conflicto y armonía de clases (Ingenieros, 1946: 166). Asimismo, nos ha interesado indagar en La transformación de las razas en América, de Agustín Álvarez (1908), un texto que se pregunta por las razones del "evidente atraso" de la población sudamericana, especialmente frente a la norteamericana. Comparte con todos los anteriores un tono marcadamente crítico a la colonización española y, aunque remite a cuestiones tales como las "capacidades mentales transmitidas", es otro caso en el que el tono biologicista resulta menos protagónico. Incluso, en algunos tramos disputa el determinismo biológico. El que al hacerlo deba utilizar también la noción de "raza" muestra, siguiendo a Zimmerman (1992: 31), la pregnancia del término en el debate intelectual de la época. Tal como hemos indicado, en la serie de documentos hemos incluido, aunque con un estatuto particular, el libro Sociología argentina, de José Ingenieros (1913). Ingenieros ensaya allí una mirada sistematizadora y organizadora que, indudablemente, ha tenido efectos en análisis posteriores, incluida la bibliografía consultada (Terán, 1987, 2000; Del Brutto, 2000) y este mismo texto. Además del ejercicio de construcción de un conjunto de antecedentes de lo que se denomina "sociología argentina" (en la que la cuestión racial tiene un lugar destacado), nos interesa muy particularmente el último capítulo de esta obra, en el que

¹⁶ Sarmiento cita el famoso libro de Harriet Beecher Stow, *La cabaña del tío Tom*, un emblema abolicionista. También se muestra proclive a censurar la persecución de los judíos en España (vgr. 1915: 185). Otros autores, como Quesada, por ejemplo, reservaban sus prejuicios para estos últimos, al tiempo que se mostraban más benevolentes con otros (los indígenas). En rigor, se trata de diferentes modulaciones del racismo. Al respecto, recientemente Sonia Álvarez Leguizamón (2017) ha precisado algunas especificidades de las diversas formas del "racismo indio". Agradezco a A. Biakowsky por este señalamiento, cuyas consecuencias quedan para futuros trabajos.

Ingenieros analiza la formación de una raza argentina. Allí se expone, con claridad, su singular monismo bioeconómico que conjugaba darwinismo y materialismo histórico en una explicación sobre la conformación histórico-racial de la Argentina (subestructura) y su impacto en las dimensiones políticas, ideológicas y morales (superestructura). En esas páginas se plasma su elitismo característico, que permaneció constante a pesar de sus múltiples inflexiones (Acha, 2009).

LA CARACTERIZACIÓN DE LAS MENTALIDADES RACIALES

En una primera lectura de los textos enumerados ya resulta notoria la centralidad del interrogante por la "mentalidad" o el "carácter" nacional, asunto al que también se alude como "genio" o "personalidad" de la raza (Ayarragaray, 1904) o, en palabras de Ingenieros, como "nacionalidad natural" (1946: 433). En términos de Patricia Funes (2006), se trata de un análisis raciológico que, a partir del contraste, definía diferentes mentalidades. Al respecto, en segundo lugar –si bien no es el caso de muchos de los textos, según hemos señalado– también llama la atención la conjugación de esos interrogantes en un lenguaje biologicista y racista/racista particularmente estigmatizante (mirado, claro, desde ciertos regímenes del saber del presente, que difícilmente reconocerían aquellos enunciados como científicos).

Así, por ejemplo, en las caracterizaciones analizadas los indios eran semibárbaros, que corrompían al proletariado rural, cultivadores de un catolicismo pagano, infantiles (según García), belicosos (para Ingenieros), pasivos, adúlteros, degradados, hiperbólicos (de acuerdo con Ayarragaray), fatalistas (bajo la óptica de García y Bunge), vengativos (para Ayarragaray y Bunge), brutos y primitivos (para Alberdi), tristes, degenerados (según Bunge), apáticos y melancólicos (de acuerdo con Bunge y Sarmiento), supersticiosos (desde el punto de vista de García y Sarmiento), tímidos e ignorantes, más propensos a la sensación que al pensamiento (para Sarmiento). Eran perezosos y mentalmente inferiores en todas las descripciones.

Los negros, por su parte, eran menos estigmatizados en muchos de los retratos, particularmente en el de Sarmiento¹⁶. Las adjetivaciones más duras eran quizás las de Ayarragaray, que refería a una ostentación pueril y a la jactancia grotesca. Bunge, a su carácter petulante, arribista e impulsivo. En buena parte de los textos se observa una

¹⁷ Ya en *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*, Sarmiento elucubraba sobre la relación entre Rosas, la población negra de Buenos Aires y su hija, doña Manuelita, quien había garantizado un celoso espionaje en el seno de cada familia gracias a sirvientes y esclavos: "La adhesión de las negras dio al poder de Rosas una base indestructible" (1874: 154). Agradezco a V. Haidar este señalamiento.

pregunta particular por los modos de participación política de negros y mulatos, sobre todo durante el régimen rosista¹⁷.

La población hispanoamericana y criolla, por su parte, se describía como arrogante, melancólica, desidiosa, tradicional, incapaz de organizar su propio gobierno (según Ingenieros), jacobina, ambiciosa, despreciativa de la ley, dogmática, indisciplinada, inconstante, perezosa (para Bunge), atrapada en un culto al coraje (de acuerdo con García), mestiza y signada por los elementos indígenas (en todas las descripciones, salvo la del anterior). Conformaban, pues, una plebe espuria, amasijo de residuos de distintas etnias, una masa bastarda y atrasada, monstruosa, rémora de la sociedad colonial y feudal, que se había reconvertido bajo el signo de una "democracia" contraria a la moderna mentalidad liberal (sobre todo, en la muy vívida descripción de Ayarragaray). Sugerentemente, si retomamos las resonancias germanianas con las que comenzamos estas páginas, tanto Bunge (vgr. 1918: 143) como Ayarragaray (vgr. 1904: 403) se refieren a la mentalidad de esta población como "transitoria".

Los españoles no salían mucho mejor parados en los cuadros delineados. Se insistía, en todos los casos, en su carácter feudal, militar, dogmático y en el hecho de que ya en la península ibérica habían sufrido un proceso de intensa mestización. Se hacía mención, pues, a un trasfondo árabe (en el caso de Ayarragaray), africano (para Ayarragaray y Bunge) o judío (según Bunge). También había alusiones a su altivez, intolerancia, su rigorismo, inaptitud para las ciencias (de acuerdo con Bunge), voracidad (para García y Bunge), arrogancia (para Bunge), burocratismo, grandilocuencia y demagogia (según Ingenieros), ociosidad e inclinación al consumo estéril (para Alberdi). Sarmiento los califica como bárbaros, mientras que Álvarez afirma que como población habían tenido numerosas aptitudes, pero ellas se habían visto adormiladas como efecto de la Inquisición, acontecimiento en el que todas las descripciones se detienen.

Frente a este elenco de viles y villanos, los europeos y, más específicamente, anglosajones ocuparán el lugar de héroes. Se los describe como laboriosos y esforzados, entrenados en la práctica de la libertad y del ahorro, capaces de desarrollar una cultura científica y moderna. En numerosos pasajes, la figura virtuosa que se recorta es la del estadounidense. Probablemente sea Sarmiento quien expuso con mayor claridad la interpelación normativa que se desprende de todos textos: "Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados

¹⁸ Según se desarrolla en el libro *Salvar la nación*, iba a haber una notoria torsión de los nacionalismos de la década de 1920 respecto de estas cuestiones, pues hicieron madurar un discurso en el que la nación se fundaba en la hibridación y el mestizaje, dando nuevos bríos al imaginario del crisol, a los alambiques e incluso a la figura del "gaucho" (Funes, 2006: 199ss). Por otra parte, el problema de la raza se rearticularía en un lenguaje mucho más espiritualista que biologicista.

¹⁹ En este punto observamos una clara ruptura respecto de la prédica alberdiana, bastante indiferente a la cuestión de la mescolanza: "no temáis tampoco que la nacionalidad se comprometa por la acumulación de extranjeros, ni que desaparezca el tipo nacional. Ese temor es estrecho y preocupado [...] El pueblo inglés [...] es producto de un cruzamiento infinito de castas, y por eso justamente el inglés es el más perfecto de los hombres, y su nacionalidad tan pronunciada que hace creer al vulgo que su raza es sin mezcla. No temáis, pues, la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos saldrá algún día brillante y nítida la nacionalidad sudamericana" (Alberdi, 1948: 58). El uso del pueblo inglés como ejemplo virtuoso de mestización resulta, como veremos más adelante, audaz, pues inhibe uno de los principales argumentos de la generación siguiente contra el mestizaje.

Unidos" (Sarmiento, 1915: 456). Sin dudas, se trata de una cuestión compleja, que remite a las nacientes polémicas en torno del imperialismo y la trayectoria móvil y escurridiza del anti/hispanismo en las décadas que abarcan los libros analizados (Terán, 2000: 254ss). En cualquier caso, este es también un elemento que se articula en una multiplicidad de interrogantes vinculados al problema racial y la sociología de las mentalidades. Otro de ellos, central, es la cuestión del mestizaje, que analizamos a continuación.

EL PROBLEMA DEL MESTIZAJE

La proliferación de diversas mentalidades a la que aludimos en los párrafos anteriores remite a un asunto fundamental para la problematización bajo análisis, pues es síntoma de la composición racial heterogénea de la América del Sur, y particularmente de la Argentina. Tal como recuerda lúcidamente Mariastella Svampa, el indio había sido derrotado, los cañones se dirigían, pues, al mestizo, que amenazaba en convertirse en un obstáculo para el progreso (2016). En este sentido, tal como indica Patricia Funes (2006), los textos interpelan a una clausura con el pasado colonial, a hacer tabula rasa en nombre de una raza homogénea¹⁸ por venir que dependería de diversas intervenciones y reformas. En efecto, a poco de correr la lectura de los documentos referidos, queda claro que la existencia de una mentalidad nacional/racial no es algo que pueda presumirse, y la unidad nacional que depende de ella, tampoco¹⁹. Probablemente haya sido Ayarragaray quien, en la redición de su texto, en 1935, formuló con mayor claridad la relación entre "raza" y "mentalidad":

No las considero [a las razas] exclusivamente en su acepción antropológica, si no, y primordialmente, como entidades mentales, productos milenarios de determinismos étnicos, políticos, telúricos, o sea, tal cual las modeló la historia [...] La raza es, para la humanidad, lo que el temperamento para el individuo, y, por tanto, factor positivo para estudiar la fisiología de un pueblo (Ayarragaray, 1935: 184-185, el énfasis es nuestro).

Según la caracterización de estos ensayos de "psicología social", "psicología étnica" o "psicología nacional", luego de los procesos de "conquista del desierto" se habían consolidado al menos dos grandes formaciones étnicas: la de las poblaciones del litoral y

las del interior o mediterráneas. La primera era urbana y moderna, mientras que la segunda era rural y tradicional. Por cierto, encontrábamos esta diferenciación también en los textos alberdianos, donde se distinguía entre los hombres de "tierra adentro" y los del litoral. Mientras estos últimos eran resultado de la "acción civilizadora" de la Europa del mismo siglo, los mediterráneos eran obra de la Europa del siglo XVI: "Entre uno y otro hombre, hay tres siglos de diferencia" (Alberdi, 1948: 46). Algo semejante encuentra Ingenieros (1915) en Sarmiento: una cristalización de la contraposición civilización/barbarie como "subestructura étnica". Esta configuración representaba un problema político para la unidad nacional y era resultado de procesos de mestizaje que habían inhibido la dominación natural de la raza blanca:

Subrayemos un detalle étnico importante. Mientras los anglo-americanos forman una sola raza de blancos sin mestizar, nacen del tronco ibero-americano dos variedades étnicas.

a) Una exigua variedad blanca, urbana y europea; ella promueve la independencia política e inicia la formación sociológica de la nacionalidad argentina.

b) Una variedad mestizada numerosa, dispersa en las campañas (mestizos) y en los suburbios (mulatos); tiende a adaptarse a las costumbres europeas o indígenas según el clima.

Ellas constituyen los núcleos de dos civilizaciones distintas: la rioplatense o "euro-argentina" y la hispano-indígena o "gaucho", que Sarmiento denominó, respectivamente, "civilización" y "barbarie" (Ingenieros, 1946: 452, el énfasis es nuestro).

Queda claro el privilegio de lo "euro-argentino" por sobre lo "mestizado", relegado, tanto como lo "indio" y aún de lo "gaucho", no solo al desierto de "lo bárbaro", sino a los márgenes de la "formación sociológica de la nacionalidad argentina". Ahora bien, la formación racial de las zonas mediterráneas por mucho tiempo había compuesto la masa numéricamente más importante en casi todos los núcleos urbanos y la totalidad de la población de las campañas (Ídem: 453). En este punto, cabe señalar una tensión paradójica entre la proyección de una América del Sud irremediamente mestiza y una América del Sud felizmente blanca. Quizás sea Alberdi el caso más interesante. Este adalid de la Constitución de 1853 celebraba, por una parte, que todo en América del Sur, incluido el nombre, fuera europeo y afirmaba que "hoy mismo, bajo la independencia, el indígena no figura ni compone en nuestra sociedad política y civil", y en la frase si-

²⁰ Por ejemplo: "Estas razas distintas de color no forman, sin embargo, un todo homogéneo, como formaron entre sí galos y romanos, sajones y normandos, germanos y longobardos, godos, etc., y aun árabes y sarracenos, que al fin todos son variedades de una sola y misma raza, la caucásica. Agassiz no admite que la progenie de negro y blanco, de blanco e indio, de indio y negro, que produce mulatos, mestizos y mamelucos, pueda subsistir sin volver a uno de sus tipos originales; pero el lenguaje común se ha anticipado y la ciencia distinguiendo estos diversos orígenes y las medias castas intermediarias, muy sensibles aún en el Perú y en Bolivia, aunque no sean felizmente muy visibles en nuestra propia sociedad argentina" (Sarmiento, 1874: 113).

guiente concluía: "no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de afuera" (Alberdi, 1948: 45). Pero, al mismo tiempo, en otro texto sostenía: "los americanos, es decir, los indios, no eran ricos [...] El emigrado europeo no trabajaba; hacía trabajar o trabajaba por las manos del vencido esclavizado" (Alberdi, 1934: 101). Y, un poco más adelante:

Los indios fueron tenidos, primero, como esclavos; después, como siervos; por fin, como pupilos incapaces de tratar. Convertidos en pueblo soberano de la revolución, forman el fondo popular de las actuales Repúblicas, en que se mezclaron con los blancos, bien entendido. (Alberdi, 1934: 105, el énfasis es nuestro)

Vemos cómo en algunos pasajes se niega la existencia de rastros no europeos en la conformación de América del Sur, en otros se hace equivaler americano a indio, y en algunos se le otorga al indio el lugar de fondo popular y soberano de los procesos de independencia. Se trata de una ambivalencia fundamental, que reencontramos en los abordajes posteriores, muy particularmente a la hora de caracterizar la singularidad de la conformación étnica de la Argentina en relación con otros países de la región. Así, por ejemplo, para Agustín García, "por suerte las tribus pampas resultaron bravas, y las mezclas de razas no pudo operarse en gran escala, conservándose puro el tipo europeo", a punto seguido evalúa que se trató de "un feliz azar" que había librado a la Argentina de la "regresión irremediable de otras naciones de América, con sus núcleos de población mestiza o india, con todos los inconvenientes morales" (1986: 54). También Sarmiento, inquieto por la heterogeneidad racial de la América del Sur, subrayaba que las "medias castas intermediarias" que en el lenguaje común permiten diferenciar distintas formas de hibridación resultaban "felizmente" mucho menos visibles en la Argentina que en países con mayor proporción de población indígena como Bolivia o Perú²⁰. Del mismo modo, Ingenieros distingue la realidad nacional del "indigenismo" de los países americanos de zona tropical, donde persistían grandes masas de poblaciones aborígenes y el clima dificultaba la adaptación de las razas blancas (1946).

Ahora bien, estas afirmaciones conviven contradictoriamente con expresiones que aluden a la dualidad racial de la Argentina.

El país, formado por la conquista fue un organismo en cuyas venas circulaban dos sangres antagónicas y, dejando de ser indígena, no llegó a ser europeo. Fue bastardo, sin unidades espiritual y moral. (Ayarragaray, 1935: 240, 1904: 297, el énfasis es nuestro)

²¹ En una introducción a Bases, donde Pellegrini celebraba la "nueva Babel" de los Estados Unidos como un "enorme crisol nacional" en el que de la "fusión de todos estos elementos ha salido una nueva raza, homogénea y fuerte, con un poderoso espíritu nacional que se llama «el espíritu americano», y que, con tal nombre, se ha impuesto al respeto del mundo. [...] Tenemos, pues, ante los ojos un ejemplo práctico de la unidad de la raza humana" (Pellegrini en Alberdi, 1948: 246). Integración social por hibridación.

²² Existe una copiosa tradición de estudios alrededor del mito del crisol de razas. Entre ellos, trabajos de Ezequiel Adamovsky que subrayan que este imaginario generalizó la ilusión de una Argentina incolora, es decir, blanca (2012: 344). Según Adamovsky, este imaginario no se desplegó de un modo lineal, tuvo diversas modulaciones y conoció tensiones. Por ejemplo, como volveremos al final del artículo, alrededor del fenómeno peronista, en el que "negro" funcionaría como metonimia de "sectores populares". A pesar de ello, la fantasía de una Argentina incolora fue persistente, al menos hasta la debacle de la sociedad salarial, momento en que afloraron conflictos antes obturados. Aquella persistencia involucró un verdadero "patrullaje cultural" (idem) impulsado desde el Estado, pero con amplia difusión en todo el entramado social.

El mito de la Argentina europea (y europeizable, para retomar un término que resuena en Ingenieros, 1934) se superpone, pues, con una inquietud recurrente por esas poblaciones del interior en las que el legado colonial e indígena persiste: se trata de una tensión de máxima relevancia histórica, teórica y política ya que pone en cuestión la evidencia del "crisol de razas" como proceso democratizador distintivo de la conformación histórica argentina, imagen de enorme raigambre ideológica que sedujo a las más diversas figuras, desde Carlos Pellegrini²¹ y Germani, pasando por Scalabrini Ortiz²². Las palabras que siguen muestran la radicalidad de dicho cuestionamiento:

*¡Qué cosa más complicada que esta química psicológica!
Y más cuanto que, con ella, quiero hacer aquí alquimia:
transformar estaño, cobre o plata, en oro, en puro y fluyente
oro. Ved, pues, raudamente correr mis derretidos metales, y
perdonad –¡oh perdonad!– si alguna gota ardiente os salpica
la piel... ¿No veis al alquimista corroído y chamuscado? Más
de un crisol estalló en su laboratorio. (Bunge, 1918: 119, el
énfasis es nuestro)*

El mestizaje como problema tenía distintas derivaciones. Por una parte, observamos inquietudes por la degeneración de la raza, que señalan, por ejemplo, que producto de la hibridación el cerebro del pueblo "criollo americano en general" resultaba más pequeño incluso que el de los españoles peninsulares durante la Inquisición (Sarmiento, 1915: 171). Estos cerebros diminutos eran más proclives a sentir que a pensar (1915: 195). Al respecto, Sarmiento subrayaba que "el indio imprime su marca más profundamente sobre su progenie que las otras razas, y cuan rápidamente también en los posteriores cruzamientos, los signos característicos del indio puro se restablecen expulsando los otros" (Sarmiento, 1915: 113). Ingenieros compartía esta hipótesis y agregaba que la adaptabilidad diferencial de las razas según el medio (geográfico, climático y social) hacía que, en algunas latitudes, hubiera primado el componente menos evolucionado. Por cierto, para algunos de estos autores, la combinación entre indios y blancos resultaba particularmente desastrosa por las distancias étnicas objetivas entre ambos grupos (Bunge, 1918; Sarmiento, 1915).

Pues bien, en tanto para estos autores la raza funciona como "entidad mental" y "química psicológica" (Bunge, 1918: 119), bien pronto queda claro que el principal problema con el mestizo como "ser de transición y degenerado" con una "debilidad

congénita" que lo dispone para la enfermedad (Ayarragaray, 1904: 283) es su hibridez moral. La "inarmónía psicológica" estaba acompañada de relativa esterilidad y falta de sentido moral (Bunge, 1918: 141). Ayarragaray hace referencia a las personalidades híbridas, transitorias, espurias, adulteradas e indecisas que resultan de las mezcolanzas. Incluso en los casos en los que el correr de las generaciones parecerían haber eliminado los estigmas físicos, el "estigma psíquico" (Ídem: 278) de estos "mestizajes bárbaros" (Bunge, 1918: 118) permanece. Asimismo, en sintonía con estas inquietudes más interesadas por la "psicología social" (Bunge) o la "psicología política" (Ayarragaray), los males políticos de la Argentina también derivaban, según los textos analizados, directamente de esta constitución racial fallida por heterogénea:

(S)imbólicamente podemos imaginar al mestizo, como fauno moral: mitad indígena, mitad castellano. En este conflicto de temperamentos se siente la anarquía de la turbulencia castellana, disociada por pasiva docilidad del aborígen.
(Ayarragaray, 1904: 297, el énfasis es nuestro)

Estas masas levantiscas eran proclives, pues, a generar "gobiernos híbridos" (Ayarragaray, 1904: 295). Así, las "deficiencias antropológicas de la población argentina" se extendían como "barbarie política" y forjaban un "estado permanente de incapacidad" (Ayarragaray, 1904: 295). A continuación, nos adentramos en este punto.

LIBERTAD, IGUALDAD Y EL PROBLEMA DE LA DEMOCRACIA MESTIZA

No son las leyes las que necesitamos cambiar; son los hombres, las cosas. Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella, sin abdicar el tipo de nuestra raza original, y mucho menos el señorío del país; suplantar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, pero más capaz de libertad, de riqueza y progreso. (Alberdi, 1948: 138)

En esta sección nos interesará trabajar sobre tres cuestiones. En primer lugar, analizaremos la relación que los textos establecen entre un "mapa étnico" y un "mapa político", y los modos en que en ello se juegan hipótesis anti-igualitarias sobre el orden social. En segundo lugar, a partir de estos planteos, veremos que el sentido de la "libertad" aparece disputado: en su mejor versión resulta una práctica aristocrática, mientras que, en su

²⁴ Bunge es irónico con el antibiologicismo y antirracismo de la sociología de Celestine Bouglé, “¿qué importa a los demócratas lo que digan sabios como Darwin o viajeros como Livingstone, citados ambos por Bouglé, ni lo que enseña la tradición y la experiencia? Contra la verdad palmaria nos contestarán siempre que el maltrato, que el medio ambiente es lo que pervierte al mestizo. Y digo contra la verdad palmaria, porque en ninguna parte hallaron quizás los mestizos un medio más favorable y liberal que en Hispano-América, ¡y en ninguna parte fueron más funestos!” (1918: 151). Según apuntaba Gino Germani en sus fichas bibliográficas, Celestine Bouglé se interesó en discutir, quería demostrar “la falsedad de la analogía de la diferenciación orgánica y la social, y particularmente los argumentos en favor de la desigualdad social basados en argumentos biológicos” (Germani, S/D).

²⁵ Una revolución que resulta cuestionada de diversos modos, por ejemplo, como fuerza disgregadora, según la caracterización de Agustín García, quien se inquietaba ante su poder disolvente de la “familia cristiana”, un elemento de orden irremplazable y cuya crisis implicaba un riesgo civilizatorio (García, 1986: 45).

²⁶ Por ejemplo: “Broca tuvo ocasión de comparar 115 cráneos auténticos de parisienses del siglo XII, con otra serie de cráneos del siglo XIX. La capacidad media de los del siglo XII, que por su colocación denotaban ser de personas notables, eran de 145,98 centímetros cúbicos. Los del siglo XIX dieron 1461,53 centímetros cúbicos en término medio. Y Charlton Bastian, de quien tomanos estos datos, agrega que es averiguado que, en el curso de siete siglos de civilización progresiva, la medida del cráneo del parisiense ha aumentado sensiblemente” (Sarmiento, 1915: 88).

adulteración mestiza, una aberración demagógica. En este punto veremos emerger una crítica al sufragio universal²³ y, finalmente, una programática en la que la democratización viene atada a la regeneración de la raza vía inmigración.

La persistencia de la hibridez a la que nos referimos en el apartado anterior tenía, según indicamos, un correlato directo en términos de organización política: “el mapa electoral de la república coincide con su mapa étnico” (Ingenieros, 1946: 462). Es en el debate de estas geografías políticas en el que deviene central la cuestión de la ciudadanía. La delimitación de un discurso racista/racialista legitimado como científico implicaba una indudable intervención en el corazón de la cuestión social, entendida como la tensión entre un imaginario de igualdad y libertad construido alrededor de la figura de la “ciudadanía” y una desigualdad fáctica que empuja a la multiplicación de luchas y organizaciones en nombre de ese mismo ideario. En buena medida, la problematización de la cuestión racial que encontramos en los textos ponía a la democracia frente a la ciencia para rebatir la presunta igualdad psíquica y antropológica²⁴ que funcionaba como presupuesto de la universalidad de derechos que prometía la revolución francesa²⁵.

Pues bien, la operación a la que nos referimos trabaja a dos niveles analíticamente distinguibles, pero articulados: por una parte, horada la presunción de igualdad sobre la base de determinantes hereditarias (más o menos modificadas por el medio); por el otro, cuestiona la capacidad de ejercer la libertad para ciertas poblaciones (precisamente, “inferiores”). Uno de los modos en que se despliega la primera dimensión es a través de la infantilización de algunos grupos, por caso, los indios (García, 1986: 192). Aunque puede operar a un nivel más bien moral, se combina bien con la biologización del debate mediante la introducción de los consabidos argumentos sobre mediciones craneanas y masas encefálicas que signan el atraso en términos civilizatorios. Así, por ejemplo, para Álvarez, en virtud de la evolución cerebral asociada a la poca ejercitación de las células cerebrales, “(l)os indígenas del Chaco se encuentran hoy, aproximadamente, en la misma situación en que se encontraban los de Gran Bretaña y los de la Antigua Grecia 2.000 o 4.000 años atrás, respectivamente” (1944: 153). También Sarmiento mostraba interés por las evoluciones craneanas²⁶, al tiempo que a Ingenieros iba a resultarle “evidente” la enorme diferencia mental colectiva entre cualquier tribu de negros en África y un club de caballeros londinenses (1946: 25). En una nota parecida, Bunge se preguntaba irónico si “el tipo genérico del

²⁷ Sarmiento, en relación con la raza negra, parece más cauto: "Como industriales no han creado fortunas, fenómeno que se nota en los Estados Unidos, aunque ya se cuenten por millones las economías que depositan en los Bancos" (Sarmiento, 1915: 122).

²⁸ Precisamente en este aspecto resulta muy interesante el contrapunto con el sociólogo Ernesto Quesada, no tanto porque su reconstrucción histórica tiene clivajes bastante distintos a los de los textos que hemos analizado, sino porque la conclusión a la que arriba polemiza con las que aquí estamos describiendo. En efecto, el sociólogo positivista universitario –según la descripción de Marsal (1959)– relativiza el peso de la herencia racial (vgr. Quesada, 1898: 330) para recordar otras formas del linaje. Por ejemplo, sostiene que es en la confederación de reinos españoles y en los cabildos donde hay que ir a buscar la historia del federalismo. En ese sentido, señala como error la hipótesis sobre la artificialidad de esa forma de organización para este contexto; teoría que había sido consecuencia de la popularización de la perspectiva de Sarmiento, fruto de "soberbio dogmatismo", "del vacío, a veces profundo, de su educación autodidacta y enemiga de las investigaciones penosas" (Quesada, 1898: 31). Estas referencias resultan pertinentes para señalar que otras perspectivas estaban disponibles, punto importante para debatir el principal argumento de la subestimación que hace Germani de las perspectivas racialistas que estamos analizando como mera expresión de un "espíritu de época".

²⁹ Este elemento estaba, desde ya, presente en los escritos alberdianos: "Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno, si ha de ser más posible hacer la población para el sistema proclamado que el sistema para la población, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglo-sajona" (Alberdi, 1948: 138).

africano" poseía "realmente una capacidad de pensamiento y de trabajo menor que la europea" y, rápidamente, afirmaba que la respuesta era obviamente afirmativa, pues "el negro" no había inventado ni el telégrafo ni el ferrocarril, no era artista creador, ni empresario perseverante²⁷, no se necesitaba gran perspicacia para entender que "hasta hoy, en ningún clima, y bajo ningún gobierno, ha prestado a la humanidad servicios de clase intelectual y directora" (Bunge, 1918: 113). Este era un indiscutible "hecho positivo" (Ídem, el énfasis es nuestro).

A la demostración objetiva de la desigual capacidad intelectual de distintas poblaciones, le seguía, como indicamos, el cuestionamiento de su capacidad de ejercer prácticamente la libertad. En este punto cumplía un rol fundamental la comparación con el virtuosismo de la sociedad estadounidense (racialmente "pura" y "verdaderamente" democrática). Una suerte de linaje democrático, que incluía un federalismo bien entendido, intransferible a nuestras pampas²⁸. Probablemente sea la prosa sarmientina la más efusiva en este aspecto, siempre lista para valorar la práctica de free government en el Norte, que vincula directamente, por un lado, al legado inglés²⁹ (tan distinto al español) y, por el otro, a la singularidad de colonización norteamericana. En relación con este segundo elemento, recupera, en primer lugar, el papel de las sectas protestantes inspiradas por el espíritu profético-semítico, asunto que, curiosamente, mostraría que algunas formas del mestizaje resultan positivas, en este caso, la que combinó a los germanos y al espíritu semita. Las nuevas formas sociales ensayadas por aquellas sectas se diferenciaron por su austeridad y severidad, casi por su fanática intolerancia y sentido de la igualdad, aspectos afines a la organización republicana. Por otra parte, los "caballeros de Virginia" habrían aportado cierta "elevación aristocrática" asociada a la práctica anglosajona de la libertad, de la que el Mayflower funciona como ejemplo paradigmático. Esas mismas creencias y la extrema rigidez moral habían inhibido el mestizaje. Así:

Es claro que siete siglos de libertad garantida a la Inglaterra por sus Cartas y dos o tres siglos de luchas y de victorias para conservarlas, han debido hacer hereditaria en aquella raza, como el tipo de la letra inglesa, la aptitud para el gobierno libre, el self government. Pero la libertad moderna es un mecanismo de instituciones, un arte; y ese arte se aprende y lo están aprendiendo todos los pueblos modernos, la Italia, la España, el Austria, la Italia, etc. (Sarmiento, 1915: 172)

³⁰ “Esta resultaría de la combinación del despotismo ibérico-africano y el autoritarismo de los indios. Como era de esperarse, Rosas representa una condensación clara de ambas herencias (un Torquemada a la vez que un cacique), pero también de otras, como la crueldad asiática” (Bunge, 1918: 46ss).

Precisamente, el punto eran los límites de esta “educabilidad” democrática y la medida en que ella entraba en tensión con disposiciones heredadas, por caso, la “cacicabilidad” a la que refería Octavio Bunge³⁰. Tal como reconocía Gino Germani en una cita que transcribimos al comienzo de este artículo, la instrucción tenía –para Sarmiento, pero no exclusivamente– “un límite infranqueable en las características psicosociales de la población no menos necesario era traer físicamente Europa a América, si se deseaba una transformación radical de la sociedad y de los hombres” (Germani, 1971: 242). Esta regeneración iba a ser necesaria, en tanto la estructura étnica de América del Sur (y de la Argentina) había cristalizado en esa mentalidad híbrida, muy distinta a la práctica (aristocrática) de la libertad que en los Estados Unidos había constituido un orden social republicano inscrito en la modernidad y el progreso.

Quizás sea Ayarragaray quien, al referirse a los peligros del “jacobinismo indígena” (Ayarragaray, 1904: 115), logre captar mejor las inquietudes que recorren los textos analizados. Se trata de un peligro con muchos rostros, algunos, paradójicamente, bastante europeos. Por ejemplo, el de los jesuitas, que con su “revolución práctica” habían sido más efectivos que la sola exposición de las doctrinas del estilo de “Rousseau, Fourier, Saint Simón y otros reformadores” (Sarmiento, 1915: 97). Luego de su expulsión, con la rápida desaparición de las comunidades que habían fundado, se había demostrado la futilidad de tales utopías que intentaban “realizar Paraísos terrenales y falansterios armónicos” (Ídem). Sarmiento tomaba nota de su peligrosidad y persistencia, pues habían legado “su funesta utopía” al Dr. Francia del Paraguay, convirtiéndolo en una suerte de representante laico del sistema indio-jesuita (Sarmiento, 1915: 98ss). También Ingenieros, en su introducción al texto sarmientino de la edición que aquí seguimos, describe el ensayo del doctor Francia como un “gobierno indiojesuítico” que lo llevó “a secuestrar el país de todo contacto con el resto de la especie humana y suprimir el comercio” (1915: 35). A punto seguido, vincula esta experiencia con la de Juan Manuel de Rosas que, en los términos del sociólogo, “intentó otro gobierno popular” con exclusión, según señala irónicamente, “de una categoría que llamó salvajes unitarios, por no saber qué nombre dar a los que propendían a tener instituciones regulares, como el mundo civilizado” (Ingenieros, 1915: 35-36, el énfasis es nuestro).

Así, observamos que en los textos se delimita, por un lado, una

³¹ Germani (1971) detecta y analiza críticamente esta disociación y sostiene que iba a ser en virtud de ella que, con el peronismo, el proceso de movilización social en la Argentina iba a desbordar los marcos institucionales. También cabe consignar el análisis que Maristella Svampa (2006) propuso sobre el "liberalismo discriminatorio" y la compleja dinámica de integración/exclusión en la que se articuló la tensión civilización/barbarie, cuya cara racialista/racista analizamos en este artículo.

³² Resulta imposible no establecer vinculaciones con la inquietud que décadas después tendrá Germani respecto de las masas movilizadas y en estado de disponibilidad. Cabe marcar, sin embargo, una diferencia no menor: el sociólogo romano reconocerá al peronismo como "experiencia de libertad" (más no sea parcial o ambivalente, ver Amaral, 2003), suerte que de ningún modo corrió el "caudillismo" en los textos aquí analizados.

definición aristocrática de la práctica de la libertad y de la democracia, al tiempo que se ve con horror la degeneración demagógica de las "montoneras electorales y facciosas" que "consolidaron el predominio de las formas políticas inferiores y de los mandatarios subalternos" (Ayarragaray, 1904: 57). La distancia entre las condiciones necesarias para "cierta elevación intelectual y moral del pueblo" (Ingenieros, 1915: 33), una educación práctica para el self government (1915: 335) y la realidad de unas "masas indígenas incultas o mestizos semicultos" implicaba que hasta nuevo aviso "la democracia y la libertad serán una ficción, aunque se las proclame en el papel, por la incapacidad de ejercitarlas efectivamente" (Ingenieros, 1915: 33, el énfasis es nuestro). En ese sentido, se optaba por un "gradualismo político" capaz de recorrer etapas de una evolución, antes que dar los saltos de una revolución.

En esta operación observamos un mecanismo que disocia democracia de masas³¹. Hay una clara contraposición entre los gobiernos populares bárbaros/atrasados/mestizos y las democracias razonables del mundo civilizado. Sarmiento sostenía que tales "llaneros y montoneras" habían ejercido como masas populares de a caballo la más violenta acción contra la civilización colonial y habían inhibido la introducción de las formas en las que reposaba el gobierno de los países cultos. Así, bajo el signo de los gobiernos de Rosas "la nación europea y democrática que querían los argentinos al fundar la nacionalidad, se organizó una federación feudal de caudillos y masas mestizas" (Ingenieros, 1946: 457, el énfasis es nuestro). Había, pues, una alianza indestructible entre "las muchedumbres analfabetas" y "la constitución caudillesca del poder" (Ayarragaray, 1904: 57), que había conducido inevitablemente a la dictadura. En efecto, esas masas impuras habían constituido la materia política que manejaron³² los caudillos (Ingenieros, 1915: 29), la grey aborígen y mestiza que obedecía al mandón (Ayarragaray, 1935: 1). La manipulación era la relación propia con estos sectores, "los núcleos de población blanca y europeizante" las usaban "como instrumento de predominio", o eran "aplastados y proscritos cuando no se resignan a hacerlo" (Ídem). La conjugación masas, demagogia y caudillos se mostraba fatídica.

Resulta interesante notar que en los documentos analizados se perfila una pregunta por el "autoritarismo político" que comparte muchos elementos con los que iban a caracterizar a la sociología de Germani. En efecto, la inquietud por el caudillaje y el anarquis-

mo conduce, bien pronto, a una indagación en torno de la "personalidad autoritaria". Sin embargo, se trata de un interrogante forjado en clave marcadamente biologicista y racista/racialista, a diferencia de la propuesta germaniana que, precisamente, se iba a distanciar de esas perspectivas. A pesar de estos contrastes, encontramos apreciaciones sobre los efectos de la inestabilidad, y la crisis en el despertar de las pulsiones autoritarias nos recuerda al sociólogo romano. En efecto, Ayarragaray sostenía que

La acción tumultuaria, encontraba en los primeros lustros de la revolución, por la miseria económica del país, ancho campo a sus desmanes porque ninguna fuerza orgánica y coherente, propendía a la estabilidad política de la administración presa de la maquinación y de la discordia. Pero los trastornos cada día más profundos, concluyeron por suscitar un sentimiento difuso de conservación, arraigado principalmente en la clase laboriosa, la cual, con el refinamiento de las costumbres y los recursos acumulados, aspiraba a gozar el fruto de sus afanes. Es cierto, que esas aspiraciones eran reducidas; ellas no reclamaban libertades políticas dignas de una democracia, sino las garantías rudimentarias, casi policiales, que ampararan sus intereses, sus vidas. Y cuando sustentado por ese espíritu de estabilidad, surge un caudillo, que impone las embrionarias garantías reclamadas, ellas no alcanzan sino a los banderizos y enriquecidos pelucones, que asienten su poder omnímodo resustentándolo con el acatamiento de su silencio. (Ayarragaray, 1904: 40, el énfasis es nuestro)

Debemos insistir en que, si bien este "sentimiento difuso de conservación" se parece bastante al "miedo total" que abunda (Fromm mediante) en la sociología de Germani, reforzaba determinaciones que eran notoriamente biológicas y raciales, inhallables en los textos posteriores de una sociología que, durante la década de 1960, también se reclamaría "científica". Por el contrario, en estos últimos sí encontramos una reflexión en torno del papel histórico de estas élites (precisamente las que Ayarragaray representaba en el Congreso) poco dispuestas a ampliar la participación en una democracia que se mostraba sin dudas limitada. Al respecto, resulta más que sugerente que Ayarragaray, quien ocho años después de la primera publicación de su libro iba a votar contra la ley Sáenz Peña, se refiriera de modo tan despectivo a los diversos intentos de establecer el voto obligatorio: "(el) sufragio universal, pone

su palanca, les da personería y ascendiente, y conviértelas con el comandante de campaña o el caudillo provincial a su cabeza, en montonera revolucionaria, en montonera electoral" (Ayarragaray, 1904: 45, el énfasis es nuestro).

Curiosamente, en nombre de valores civilizatorios esta crítica a la democracia "mal entendida" como demagogia no dejaba de horadar al ideal democrático mismo; por ejemplo, en afirmaciones como las de García (1986), quien llegaba a cuestionar incluso aquel régimen, que parecía haber arrojado a los individuos a una libertad que se muestra riesgosa. Lejos de cualquier promesa de democratización que involucrara a las masas, el remedio para los diagnósticos sombríos era la regeneración racial a través de la inmigración para "nivelar" y, de este modo, corregir "la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media" (Sarmiento, 1915: 449). En sintonía con lo expuesto hasta aquí, en el "mientras tanto", era conveniente "no admitir en el cuerpo electoral sino a los que se suponen capaces de desempeñar sus funciones" (Ídem).

El entusiasmo por la inmigración europea se distribuye bastante equitativamente en los materiales analizados. Así, por ejemplo, para Bunge, "ese elemento inmigratorio, una vez nacionalizado y acriollado, amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una psicología argentina, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones para que fluyan en purísimo oro" (Bunge, 1918: 212, el énfasis es nuestro). Se trata de una sentencia importante pues, a diferencia de los procesos de hibridación del coloniaje, estas nuevas formas de mezcolanza racial, que se proponían como parte de una agenda de "reforma social", son caracterizadas positivamente. En sintonía con este tono eugenésico, Ayarragaray se esperaba ante las perspectivas de cruzamiento de la población bastardeada con "las razas superiores", de modo de fijar por herencia rasgos definitivos capaces de evitar supervivencias atávicas (1904: 292).

De este modo, la apuesta por una nueva raza argentina, particularmente presente en Ingenieros ("una personalidad naciente", 1946: 464), funciona como un horizonte de regeneración y solución del problema de la unidad nacional a partir de la creación de una "nacionalidad natural" y homogénea (Ídem, 1946: 436), na variedad nueva de razas europeas inmigradas a territorios propicios para su "aclimatación" (Ídem). Una vez que la generación de

los organizadores del Estado había comprendido prácticamente la especificación de que gobernar era poblar, pero con europeos, se podía pasar de una población analfabeta a una alfabetizada, de la anarquía a la laboriosidad, de la lógica feudal a la democrática, cuya tradición no estaba en el pasado (indígena, colonial), sino en el futuro. En ese marco era, además, posible soñar con el fin del estigma de la inferioridad étnica (Ingenieros, 1946). Para ello, a las propuestas de "europeizar" la familia argentina se sumaban otras vinculadas a la reforma del medio social, es decir, las condiciones de vida y de trabajo. Un ejemplo fue el fallido proyecto de Ley Nacional del Trabajo, de Joaquín V. González (Zimmerman, 1992).

Por cierto, además de esta regeneración biológica (con sus "anhelos eugenésicos", Miranda y Vallejo, 2006: 67) y reforma social, Bunge, como en su momento Alberdi, tenía particular esperanza en el papel que podía cumplir la "cultura del trabajo en este proceso "europeizante" (Bunge, 1918: 218), aspecto que también interesaba a Agustín García (1986: 48ss), pero que Ingenieros encontraba cándido (Ingenieros, 1918: 22).

Sin lugar a dudas, también se observan ciertos reparos ante esas masas migrantes que trabajan sórdidamente para "hacer la América", pero "con indiferencia cartaginesa" ante "las vicisitudes institucionales y las zozobras públicas" (Ayarragaray, 1904: 219). En este registro, Sarmiento advertía que "(d)esgraciadamente, los emigrantes, afanosos por mejorar de condición y enriquecerse, mal preparados como vienen para la vida pública, por no haberla ejercitado en sus respectivos países, agravan el mal, al parecer, lejos de remediarlo" (Sarmiento, 1915: 423, el énfasis es nuestro). Esa amenaza de "agravar el mal" bien pronto se multiplicaría, conjugando el problema no ya de "la anarquía", sino del "anarquismo".

REFLEXIONES FINALES

En este artículo nos interesó analizar el modo en que la sociología argentina en sus albores problematizó la cuestión racial desde una pregunta por las mentalidades colectivas. Este interés, como explicamos, se funda en una indagación alrededor del modo en que dicha problematización se entretejió en la sociología de Germani, pues entendemos que estas discusiones anteriores funcionan como uno de los dominios interdiscursivos fundamentales para comprender distintas operaciones de los textos germanianos. Nos

³³ Algunos años más tarde, Germani reflexionaba: "Argentina representa un caso extremo, aun comparándola con los Estados Unidos (cuatro veces en 80 años). En lo que respecta a los demás países latinoamericanos, es evidente que el aporte migratorio resultó decisivo para el crecimiento de la población. Durante el periodo 1869-1960, la de Argentina creció casi doce veces, en tanto que la de otro país de inmigración como Brasil aumentó seis veces, y Chile, donde prácticamente no existió inmigración, necesitó 110 años para que su población aumentara menos de cuatro veces. Mortara estimo que, sin inmigración, el número de habitantes en la Argentina en 1940 hubiera sido de 6.100.000 en vez de superar los 13 millones" (1971: 249).

referimos, en principio, a su disputa con la psicología racial y la centralidad de una pregunta no-biologicista por la personalidad social básica. Luego, abordamos algunos de los elementos centrales de la problematización de la sociología de entresiglos: la cuestión del mestizaje y su relación con una impugnación a la democracia de masas. En ese trayecto encontramos otras resonancias con las interrogaciones germanianas, por ejemplo, la pregunta por la "personalidad autoritaria" o la inquietud por la relación entre masas, líder, democracia y autoritarismo.

En estos últimos párrafos quisiéramos avanzar, a partir de ciertas sedimentaciones, algunas reflexiones finales. Para ello, es menester retomar una serie de oposiciones que hemos observado de un modo regular en los materiales bajo estudio: barbarie vs civilización; feudal-colonial vs moderno; interior vs litoral; mestizaje vs pureza de la raza blanca europea; conquistadores españoles árabe-africanos militares vs colonizadores civiles anglosajones; caudillaje-gauchocracia vs práctica de la libertad. Por cierto, este juego de contrarios resulta bastante afín al que iban a proyectar buena parte de las narrativas de la modernización, incluida la del propio Germani, aunque la que enumeramos aquí esté aún signada por el vocabulario más próximo al "progreso". Ambas comparten la estigmatización de "lo tradicional" como trasfondo de las poblaciones del interior, ámbitos de conservación de "lo colonial" y "lo indígena", mientras que los inmigrantes europeos del Litoral importaban el futuro. En este sentido, se consolida la narrativa del "trasplante" (Terán, 2000: 226ss) que funda la nación en un proyecto por venir antes que en alguna forma de origen (de los que solo cabe sospechar). Ello constituye, además, una típica forma de razonamiento u operación alocrónica (Fabian, 2002) que coloca a la alteridad cultural (o política) en un espacio que es también otro tiempo, el de la rémora o el atraso. Ahora bien, a pesar de que la política de "regeneración" vía inmigración fue puesta en marcha³³, los fantasmas de la "anarquía" y del "caudillismo" estuvieron muy lejos de desaparecer. El "espectro del malón" ha tenido una presencia persistente a lo largo del siglo XX, por ejemplo, bajo la inquietud por las masas analfabetas de principios del siglo o como amenaza del "aluvión zoológico" resultado del proceso de migración interna posterior. Es precisamente esta regularidad la que refuerza nuestra pregunta por Germani y el punto ciego de su tematización sobre "lo racial", cuando elude, por ejemplo, al peso histórico de la caracterización

³⁴ Alejandro Grimson ha analizado el funcionamiento de este mote y su relación con otras formas de la identificación/identidad peronista. Por cierto, sus hallazgos resultan muy sugerente, pues: "el peronismo nunca hizo una operación similar con 'cabecita negra' a la que hizo con 'descamisado' [...] No hubo una reivindicación positiva de una identidad negra, indígena o mestiza en el gran movimiento de masas ni en los grandes discursos. Nunca se diseñó el monumento al cabecita negra, nunca fue reivindicado por Evita o Perón" (Grimson, 2017: 123).

"cabecita negra"³⁴". Debemos decir, sin embargo, que esta ceguera debe relativizarse a la luz de sus textos sobre marginalidad, donde la cuestión étnica y nacional se problematiza de modos sin dudas más complejos que los de la narrativa de la transición (Grondona, 2017a). Allí encuentra en las desigualdades étnicas una de las dimensiones de la marginalidad y, en ese sentido, una tensión inmanente a la posibilidad de construir una nación:

El origen histórico de la "modernidad" torna inevitablemente ambiguas las características "modernas". En efecto, como el complejo urbano-industrial surgió dentro de la cultura occidental y se impuso al resto del mundo a través del poder y la expansión cultural, económica, política y militar pertenecientes a ese ámbito histórico, moderno empezó por ser sinónimo de europeo u occidental (Germani, 1980: 81-82, el énfasis es nuestro).

Según explica Germani, América Latina tiene un doble origen, "europeo por un lado y autóctono (o africano) por el otro", siendo que "lo primero se impuso materialmente a lo segundo, desde la Conquista y la época colonial, prolongándose de varios modos hasta nuestros días" (Ídem). De este modo, la cultura dominante de los sectores altos y luego sectores urbanos medios fue europea o europeizada, mientras que "los componentes autóctonos (o no europeos), si bien fuertemente influidos por la herencia hispánica y sus transformaciones coloniales y postcoloniales", se mantuvieron con mayor vigencia en "áreas rurales" y en las "clases populares urbanas" (Ídem). A partir de ello, "se tendió a reforzar la identificación de lo moderno con lo europeo", delimitando un esquema normativo que los sectores medios, altos y los sectores obreros plenamente incorporados aplicaban al juzgar la viabilidad de la participación de las "subculturas dominadas". En este punto, el sociólogo avanzaba un paso más al señalar el carácter discriminatorio y no-igualitario del "pluralismo cultural" que toleraba la alteridad al precio de definir, de modo excluyente, no solo "lo moderno" sino "lo nacional".

Este fragmento, que hemos parafraseado en extenso, cuestiona la operación de negarle contemporaneidad a lo simultáneo (que se colocaba como tradicional o "no moderno", ver Bialakowsky, 2018) y pareciera discutir directamente con otro, que transcribimos un poco más arriba, en el que Ingenieros distinguía las dos variedades étnicas de la Argentina, una blanca, urbana y euro-

pea que había promovido la independencia política (civilizada), la otra "mestizada", numerosa y atrasada, de las campañas y suburbios, en los márgenes –como sosteníamos un poco más arriba– de la "formación sociológica de la nacionalidad argentina" (Ingenieros, 1946: 452). Tal como hemos indicado, es precisamente la inestabilidad e imposibilidad de fijar los sentidos de esa nación, lo que nos obliga a volver sobre la representación del "crisol de razas", que pareciera ser la figura más recurrente para exorcizar el peligro de la desintegración, pero que se muestra inconsistente y transitoria. Así, la sociología de Gino Germani, a pesar de haberse visto seducida por las bondades de la integración racial, se permitió luego, como puede verse en la cita precedente, poner en duda el carácter igualitario de un "pluralismo cultural" que pretende eludir las inzanjables tensiones sobre la cuestión nacional y los modos en que ella se conjuga (incluso) con la contradicción entre clases. La recuperación crítica de los debates sobre la cuestión racial en los albores de la sociología argentina nos permite no solo iluminar lo que permanece siendo un punto ciego de nuestros relatos (que persisten en reproducir la fantasía del "alambique"), sino que también nos ayuda a resituar mejor las preguntas germanianas, su osadía, sus derivas y sus límites.

BIBLIOGRAFÍA

ACHA, O. (2009). Historia crítica de la historiografía argentina: Las izquierdas en el siglo XX. Buenos Aires: Prometeo.

ADAMOVSKY, E. (2012). El color de la nación argentina: conflictos y negociaciones por la definición de un ethnos nacional, de la crisis al Bicentenario. Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas, vol. 49, 343-64.

AGUILAR, P.; GLOZMAN, M.; GRONDONA, A. Y HAIDAR, V. (2014) ¿Qué es un corpus? Entramados y Perspectivas, 4, 35-64.
Alberdi, J.B. (1934). Estudios económicos. Interpretación de la historia política argentina y sudamericana. Buenos Aires: La cultura popular. (Versión original 1915).

_____ (1948). Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina. Buenos Aires: Editorial TOR. (Versión original 1853).

ÁLVAREZ LEGUIZAMÓN, S. (2017). Formas de racismo indio en la Argentina y configuraciones sociales de poder. Rosario: Prohistoria Ediciones.

ÁLVAREZ, A. (1944). La transformación de las razas en América. Buenos Aires. Ediciones Modernas. (Versión original 1908).

AMARAL, S. (2003). La experiencia de la libertad: Gino Germani y el significado del peronismo. Anuario del Centro de Estudios Históricos Carlos S. A. Segreti, 2-3, 263-283.

AYARRAGARAY, L. (1904). La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes argentinos. Buenos Aires: Félix Lajouane YC Editores.

_____ (1935). La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes argentinos. Tercera edición definitiva, corregida y notablemente aumentada. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso.

BIALAKOWSKI, A. (2018). Investigar teoría sociológica del Sur y del Norte: la propuesta del abordaje simultáneo. Perfiles Latinoamericanos, 26(52), 1-19. México: Flacso.

BLANCO, A. (2006). Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI.

BUNGE, C.O. (1918). Nuestra América. Ensayo de psicología social. Buenos Aires: La cultura argentina. (Versión original 1903).

CASTEL, R. (2001). Presente y genealogía del presente. Una aproximación no evolucionista al cambio social. Archipiélago, 47, 5-12.

DEAN, M. (1994). Critical and effective histories: Foucault's methods and historical sociology. Nueva York: Routledge.

DEL BRUTTO, B. (2000). Raza y carácter: algunos apuntes sobre sociología. En González, H. (comp.) Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes. Buenos Aires: Colihue.

DÍAZ, M. (2009). Racismo y otredad en el positivismo argenti-

no. Algunas notas sobre Carlos Bunge y José Ingenieros. Revista de epistemología y Ciencias Humanas, 3, 54-70.

DIDI-HUBERMAN, G. (2011). Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

FABIAN, J. (2002). Time and the Other. How anthropology makes its object. Nueva York: Columbia University Press.

Foucault, M. (1995) ¿Qué es la crítica? Daimon: Revista de filosofía, 11, 5-55.

_____ (2000). Defender la sociedad. Buenos Aires: FCE.

_____ (2001). Polémique, politique et problématisations. En Dits et écrits II. 1976-1988. Paris: Gallimard.

FUNES, P. (2006). Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos. Buenos Aires: Prometeo Libros.

GARCÍA FANLO, L. (2010). Genealogía de la argentinidad. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.

GARCÍA, A. (1986). La ciudad indiana. Buenos Aires: Hispanamerica. (Versión original 1900).

GERMANI, G. (1968). La sociología en Argentina. Revista Latinoamericana de Sociología, 3, 385-419.

_____ (1971). Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas. Buenos Aires: Paidós. (Primera edición 1962).

_____ (1980). El concepto de marginalidad. Buenos Aires: Nueva Visión.

_____ (SIN FECHA). Apuntes sobre el libro La démocratie devant la science de Célestine Bougle. Documento disponible en la Fondazione Ugo Spirito e Renzo de Felice de Roma. (Inédito).

GRIMSON, A. (2017). Raza y clase en los orígenes del peronismo: Argentina, 1945. Desacatos, 55, 110-127. México.

GRONDONA, A. (2016). Saberes expertos en la encrucijada: razas, anti/racismo y ciencias en UNESCO 1949-1950. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, (47)1, 215-241. Bogotá.

_____ **(2017A).** Gino Germani y la cuestión racial. *Revista de la Carrera de Sociología*, (7)7, 34-77. Buenos Aires.

_____ **(2017B)** ¿Qué es el contexto? Reflexiones a partir de un trabajo sobre la "cuestión juvenil" en Gino Germani. II Congreso Latinoamericano de Teoría Social, Buenos Aires, 2-4 de agosto 2017.

GRÜNER, E. (2010). La Parte y los Todos. Sobre algunas cuestiones preliminares. En *La oscuridad y las luces*. Buenos Aires: Edhasa.

H Aidar, V. (2013). La historia como condición para la inteligibilidad del presente: una aproximación desde la sociología de las problematizaciones. En XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2-5 octubre (paper).

HERMIDA, C. (2012). Coleccionar para educar. Acerca de "La Cultura Argentina" (1915-1928). *Estudios de Teoría Literaria*, Año 1, 2, 17-30.

INGENIEROS, J. (1915). Las ideas sociológicas de Sarmiento. En Sarmiento, D.F. (1915). *Conflicto y armonías de las razas en América*. Buenos Aires: La cultura argentina.

_____ **(1918).** Introducción. En Bunge, C.O. (1918) *Nuestra América*. Ensayo de psicología social. Buenos Aires: La cultura argentina.

_____ **(1934).** Las doctrinas sociológicas de Alberdi. En Alberdi, Juan B. *Estudios económicos. Interpretación de la historia política argentina y sud-americana*. Buenos Aires: La cultura popular.

_____ **(1946).** *Sociología Argentina*. Buenos Aires: Losada. (Versión original 1915).

_____ **(1998).** Historia de una biblioteca. En Muñoz, Marisa Alejandra (1998) *José Ingenieros y "La historia de una biblioteca"*. *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 15, año 203-213. (Versión original 1915).

MARSAL, J. (1959). La sociología positiva argentina. Revista de estudios políticos, 10, 213-240.

MIRANDA, M. Y VALLEJOS, G. (2006). Sociodarwinismo y psicología de la inferioridad de los pueblos hispanoamericanos. Notas sobre el pensamiento de Carlos O. Bunge. Frenia, (VI)I, 57-77.

MIRANDA, M. Y VALLEJOS, G. (2004). Los saberes del poder: eugenesia y biotipología en la Argentina del siglo XX. Revista de Indias, (LXIV)23, 425-444.

MUÑOZ, M. (1998). José Ingenieros y "La historia de una biblioteca". Anuario de Filosofía argentina y americana, 15, 203-213.

MURILLO, S. (2001). La ciencia aplicada a políticas sanitarias en Argentina y su relación con la escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (1869-1905). Tesis para optar por el título de Magister en Gestión y Política de la Ciencia y la Tecnología. Disponible en: <http://www.centrocultural.coop/file/561/download?token=5JeX7Stn>

NARI, M. (1999). La eugenesia en Argentina, 1890-1940. Qui-pu, Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, (12)3, 343-369.

PALTI, E. (2002) El problema de "las ideas fuera de lugar" revisitado. Más allá de la "historia de ideas". Presentado en el Seminario de Historia Intelectual El Colegio de México. Disponible en <https://shial.colmex.mx/textos/EliasPalti-Enero2002.pdf>

QUESADA, E. (1898). La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico. Buenos Aires: Arnoldo Moen Editor.

SARMIENTO, D.F. (1874) Facundo ó civilización i barbarie en las pampas argentinas. Buenos Aires: Hachette.

_____ (1915). Conflicto y armonías de las razas en América. Buenos Aires: La cultura argentina. (Versión original 1884).

SOLODKOW, D.M. (2005). Racismo y nación: Conflictos y (des)armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino. Decimonónica, 20/2, 92-121.

SVAMPA, M. (2006). El dilema argentino. Civilización o barbarie. Buenos Aires: Taurus.

_____ **(2016)** Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo. Buenos Aires: Edhasa.

Terán, O. (1987). Positivismo y nación en la argentina. Buenos Aires: Punto Sur.

_____ **(2000).** José Ingenieros: culminación y declinación de la cultura científica. En Vida intelectual en Buenos Aires a fin de siglo 1880-1920. Buenos Aires: FCE.

ZIMMERMAN, E. (1992). Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916. The Hispanic American Historical Review, (72)1, 23-46.